

*H*UMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO
DE
ESTUDIOS HUMANISTICOS

27



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
2000

- 1998. *Exporting American Values through the new World Trade Organization*. <http://www.worldmedia.com/achieve/articles/z9705-free-markets.html>
- 1998. *Sobre el poder y la Democracia*. USA: McGraw-Hill Book.
- Dijk Tew van. 1985. *Hand Book of discourse analysis: Ideological structures in discourse*. By Gunter Kress, Vol. 4. Academic Press, USA:
- 1994. *Prensa, Racismo y Poder*. Universidad Iberoamericana, México.
- 1998. *Ideología*. Gedias, España.
- Ducrot, O. 1986. *El decir y Lo Dicho*. Piados, Barcelona.
- Foucault, M. 1973. *El orden del discurso*. Tusquets, México.
- Fouler, R., Trev T. y otros. 1983. *Lenguaje y Control*. Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. 1960. *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, México.
- 1983. *El Corazón del hombre*. Biblioteca Joven, Fondo de Cultura Económica, México.
- Fromm, Van Den Haag y otros. 1992. *La sociedad del hombre*. Editorial Monte Ávila, Venezuela.
- Halliday, M.A.K. 1994. *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Huntington, S. P. 1991. *The Thirdwave: Democratización in late Twentieth Century*. University of Oklahoma Press, EUA.
- 1993. *The class of civilization*. Foreign Affairs, vol. 72, No. 3, EUA.
- Mannheim, K. 1987. *Ideología y Utopía*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Millan, S. 1997. *Los signos del cambio y el orden de las diferencias: réquimen para una modernidad homogénea*. Alteridades. Año 7, No. 13. Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, México.
- Parrilla, E. 1999. *Apuntes de clase*, ITESM, Monterrey.
- Pastor Ramos. 1986. *Ideología. Su medición psicosocial*. Editorial Alianza, Madrid.
- Paz, O. 1994. *Obras Completas. Los privilegios de la vista I*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Pêcheux, M. 1978. *Hacia un análisis automático del discurso*. Gredos, Madrid.
- Reboul, Oliver. 1986. *Lenguaje e Ideología*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Remmling, Gunter W. 1982. *Hacia una sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Schulze, Rolf. 1982. "Algunas de las funciones políticas y sociopsicológicas de la ideología". *Hacia una sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur. 1995. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Universidad Iberoamericana y Siglo XXI Editores, México.
- Thompson. 1998. *Ideología y cultura moderna. Teoría y crítica social en la era de la comunicación de las masas*. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xoximilco, México.
- Villoro, Luis. 1985. *El concepto de Ideología y otros ensayos*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Voloshinov. 1976. *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Nueva Visión, Buenos Aires.

VIDA Y OBRA DE GOETHE

Profr. Dr. Phil. Dr. Jur. Agustín Basave Fernández del Valle
 Presidente de la Sociedad Mexicana de Filosofía.
 Director del Centro de Estudios Humanísticos.
 Universidad Autónoma de Nuevo León

En 1958 fui invitado por el gobierno de Bonn para hacer una gira de estudios por las universidades alemanas. Pude observar, directamente, la caracterología cultural del espíritu germano. Y en alguna de mis obras dejé consignadas las vivencias y las reflexiones suscitadas en el contacto con el pueblo y la cultura de Alemania. Helas aquí: El alemán es tenaz, brusco, introvertido, disciplinado, meditador, sentimental, melancólico. En cierto modo, porta en su alma el ancestral germano que huele a bosque y sabe de nieblas. Antes que por los cabellos rubios, los ojos azules y el cuerpo atlético, le reconocemos por su sentimiento de la naturaleza. Diríase que respira para estudiar y estudia para respirar. Pensamiento y vida se unen íntimamente en él. Sintiéndose colocado, lanzado o enviado a un mundo en perpetuo "devenir", se plantea el problema de su existencia —sin literaturizarlo, es decir, sin frivolizarlo— con ejemplar honestidad intelectual. En tensión continua vive sumergido. Vida y muerte, amor y libre esparcimiento, tierra natal y universo, cristianismo y panteísmo. La polaridad de la cultura alemana está a la vista.

Los germanos han entrado tarde, y lentamente, en la Historia Universal. Pero no han buscado aplausos baratos ni han creído que la vigencia de su cultura pudiera depender de una propaganda cultural hábilmente llevada. La universalidad de la cultura alemana no ha sido establecida por el departamento cultural del "Reich". Sin programada, e incluso a pesar de la propaganda en contrario, Eckkhart, Silesuis, Kant, Hegel, Bach y Beethoven, Durero y Holbein, Hölderlin y Novalis, Heisenberg y Planck han fecundado al mundo por encima de los prejuicios germanóforos que han pretendido —torpe y mezquina pretensión!— organizar un boicot en el ámbito de las ciencias y de las bellas artes. Esta tardía entrada de los germanos en la Historia Universal, desde la oscuridad de un mundo boscoso y natural, tiene la ventaja de ofrecer una visión más inmediata —menos histórica y libresca— de la naturaleza y del natural anexo de las cosas. Una visión fresca, poética, vital, montada sobre una experiencia inmediata y auténtica del ser. Una introspección constante acompaña a estos "escultores de la niebla". Saben que su espíritu es demasiado violento, profundo y cósmico. Pero su temperamento es demasiado lento y su sentimiento del tiempo muy agudo.

Al metro fijo prefieren el libre ritmo. La mera cuestión de forma —que apasiona a los latinos— se les deslía como cosa artificial menuda. La vida humana objetiva —arte, derecho, Estado, ciencia, filosofía— no es una magnitud rígida y separada, sino algo muy próximo al hombre, algo flexible y familiar. No se trata de una eternidad terrena sino de una móvil aproximación terrena a la eternidad. Las formas anticuadas se pudren muy rápidamente en Alemania; y no por manía de novedades sino por sensibilidad temporal y por conciencia histórica.

El espíritu nórdico del alemán se abre, sin el menor síntoma de envidia o de resentimiento, a la belleza del Sur. Su alma musical, que discurre prodigiosamente en el intimismo subjetivo de un paisaje nebuloso, se extasía ante la plástica soleada del alma mediterránea. Fue así como Goethe se escapó a Italia y satisfizo, además, su curiosidad científica. Pero aunque la forma externa no tenga, en el espíritu alemán, la fuerza y el perfil que tiene en el espíritu latino, eso no significa que carezca del sentido de la forma. Acaso Kant —“Ulises del concepto”— ¿no ha visto muchas formas con el ojo del pensamiento? ¿Es que podemos olvidar los acordes tan firmes de forma —y a la vez tan matemáticos y tan lozanos— de Juan Sebastián Bach?. Admirador de lo apolíneo, el alemán es, con obstante, mayor admirador de lo dionisiaco. Su espíritu atiende más al “Werden” (Devenir) que al “Sein” (Ser). Consciente de su ser en camino, no gusta fijarse en un sistema doctrinal despegado de la realidad cambiante.

Me llevaría demasiado lejos expresar todas las impresiones que recibí en mi breve convivencia con el pueblo alemán. Intentaré, no obstante, reducirlas a fórmula esencial. Los alemanes son grandes ensimismados. Ocupados siempre en el mundo de las ideas, se mueven sin la precisión y la gracia latina. Tienen un alma musical, atmosférica, nebulosa, difusa, profunda... Sus sentimientos fluidos tocan una extensa gama de registros. Como el huevo, son duros por fuera, pero blandos por dentro. Huelen a selva. Poseen un enorme sentimiento de la naturaleza. El rumor cósmico les envuelve y les permea su intimidad metafísica. Aman el orden. Su tipo humano es musical más que plástico.

Pero el espíritu alemán no puede encerrarse en unos cuantos rasgos. Podemos imaginárnoslo —como al de Goethe, una de sus expresiones más felices— de múltiples modos. Tal vez lo que más nos atraiga de este espíritu alemán es el hecho de que esté henchido de posibilidades, rebosante de vida. Es un devenir perene que se realiza en un sinnúmero de fórmulas y se proyecta al exterior en mil maneras diversas.

La Alemania presuntuosamente aria, de los “junkers” prusianos, obnubilada por el delirio guerrero, no alcanza a ocupar la mayor ni mucho

menos la mejor parte del estilo o modo de ser alemán. Yo he conocido, directamente, una Alemania soñadora, laboriosa, pacífica, idealista, musical, filosófica... Esa, y no otra, es la Alemania que quiero. La profundidad de la cultura alemana —que no es mejor tópico— hecha de soledades sonoras y de interiores silentes, merece consideración aparte.

Alguna vez dijo don José Ortega y Gasset que la cultura alemana es “la cultura de las realidades profundas”. Y la historia se encarga de comprobar la veracidad del aserto ortegiano. “El alma alemana —escribe sin ambages— encierra hoy en sí la más elevada interpretación de lo humano, es decir de la cultura europea”. Meditativos y sentimentales, los germanos han sabido ofrecernos, impetuosamente, un río de música excelsa, de filosofía significativa y fecunda, de ciencia y de técnica...

Hace tres siglos se decía que los alemanes no eran, como sus vecinos los franceses, capaces de poseer una literatura vernácula personal, superior. “Bastó la Dramaturgia de Lessing para probar al mundo, no sólo que Alemania podía tener una literatura propia —nos recuerda Antonio Caso— sino que ya la tenía y la había olvidado para complacerse sin tino en la imitación de los productos del espíritu francés. Goethe, Herder, Schiller dieron al traste con la fábula ofensiva para el genio alemán, y, en nuestros días, se sabe que Alemania es maestra del mundo en letras, ciencias filosofía. Todavía más —agrega el maestro Caso—, la evolución filosófica de Alemania, es acaso el único fruto intelectual de la civilización cristiana que puede equipararse al desarrollo del pensamiento helénico, de Pitágoras y Heráclito a Platón y Aristóteles. Se dice: Sócrates y Kant; son los dos Sócrates, los dos incomparables fundadores y renovadores de la historia del pensamiento”. (Antonio Caso, p. 28, del libro *México*, Imprenta Universitaria, 1943).

Porque saben de soledad, los alemanes saben de intimidad. Y en su intimidad han calado con sin igual profundidad. A lo largo de la historia alemana —Eckhart, Leibnitz, Kant— no hay tal vez palabras que resuenen más insistentemente que las de “Einsamkeit”, “Innerlichkeit”, es decir, soledad, interioridad... Otro rasgo esencial del idioma alemán es, qué duda cabe, el predominio del verbo “werden”. Este verbo, aunque no tiene una traducción exacta al castellano, significa “se torna”, “se hace”, “pasa a ser”. ¿Por qué ese uso tan frecuente de “werden”? Es que los germanos tienen, como uno de los rasgos más profundos de su vida, ese sentido de fluidez, de constante correr de las cosas hacia el futuro. Su alma primaveral de la impresión de río, de nube, de vapor... Por eso los alemanes se distinguen —en su honda vocación filosófica—, meditando siempre por el ser y sobre el tiempo, especulando constantemente en esa peculiar atmósfera —fluida y vaporosa— de su pensar. Sólo ellos han tratado esforzadamente —digámoslo en frase de Unamuno que nos recuerda Madariaga— de *esculpir la niebla*.

Los germanos conquistaron el Imperio Romano y llegaron a ser, en cierto modo, romanos. Habían tenido una mitología y una moral propias, pero aceptaron el cristianismo con docilidad de niños. En 887 formaron la primera monarquía que después, en 918, pasó a la Casa de Sajonia.

Othón I transformó la monarquía en el Sacro Imperio Romano Germánico, que llenó los principales capítulos de la historia de la Edad Media. Es falso, consiguientemente, hacer arrancar la historia de Alemania del viejo Ducado de Prusia, transformado en reino por Federico I en el siglo XVII y reconocido universalmente al firmarse los tratados de Utrecht en 1713.

La tenacidad, el valor, la devolución a la familia, el espíritu de disciplina y trabajo, la religiosidad y la fuerza guerrera de los antiguos germanos perduran en los actuales alemanes. Todavía hoy los alemanes siguen dando la impresión de fuerza juvenil, de vida espontánea, sincera, original. ¡Qué magnífico ejemplo de espíritu de hombría en la desgracia! Un pueblo tan castigado por los horrores de la guerra total, desgarrado sin misericordia, calumniado hasta más no poder, privado de una buena parte de su juventud y de su intelectualidad, apenas transcurridos siete años de haber surgido después de la devastación, ha enseñado al mundo lo que se puede hacer con su *Gemüth* (espíritu), con su fidelidad a ese tesoro cultural que han hecho en la historia y que es no sólo información, sino también -¡y acaso más!- educación, formación.

Máximo país de inventores, poetas y filósofos, Alemania es también -y esto sin duda alguna- el pueblo más musical de la tierra. Yo siempre he considerado un enorme privilegio de los alemanes esa facultad de no sentirse a gusto en el mundo, de valorarlo primordialmente por los ecos que pueda tener en su alma.... Poseer un espíritu que pueda hacer resonar los ecos o crear dramas interiores de sonidos con sus propios recursos, ¿no será esto un don más envidiable que el de un espíritu todo superficie, mera placa sensible apta solamente para fotografiar la realidad que mute y engorda?

Johann Wolfgang von Goethe nació en Francfort del Mein -año de 1749-, en el seno de una familia acomodada y de linaje. Infancia feliz de un espíritu abierto a todas las formas de belleza y de verdad. Hijo de un padre culto que se preocupa de que el niño aprenda lenguas clásicas y modernas: latín, griego, hebreo, inglés, francés, italiano. Pero además, el padre le insta a ejercitarse en ciencias exactas, naturales e históricas: geografía, botánica, matemáticas, religión, dibujo, música, poesía. El niño y el adolescente se dedica a la asimilación de libros decisivos para su formación. A los 8 años conocía -como puede conocer un niño- la Antigüedad Clásica y el Medioevo germano. Se había aficionado, de modo especial, a las obras de

Ovidio y Virgilio. Diríase que su amistad con los grandes clásicos se había iniciado ya, desde temprana edad.

En la culta ciudad de Leipzig estudia Derecho y adquiere el grado de "Doctor Juris". La preparación de este genio universal responde a una gran variedad de intereses. Fue pintor, abogado, estadista, alto funcionario administrativo, poeta, hombre de ciencia (botánica, geología, anatomía, teoría cromática) llegó a ser director teatral y actor. Pero el talento literario sobresale y priva sobre todas las demás facultades. Goethe escribió poemas líricos, filosóficos, amatorios, baladas, novelas, tragedias, dramas filosóficos, cuentos, sátiras, poemas épicos..., supo asimilar, como nadie los hizo antes y después, el espíritu de la antigüedad -clasicismo- y el espíritu romántico.

La voluntad libre, la inteligencia lúcida y la acción generosa adquieren, en el espíritu de Goethe, una conjunción feliz. El triunfo de la inteligencia y de la inteligencia amorosa diría yo, sobre el azar y sobre los instintos, se amalgaman en este gran genio de la literatura alemana. Desde el principio se advierte en Goethe una inclinación a la unidad y a la armonía.

En la corte de su amigo el duque Carlos Augusto de Sajonia-Weimar, J. W. Goethe adquiere experiencia política (1775-1832), maneja finanzas y asuntos internos del ducado; recibe un título de noble, se convierte en consejero privado y se le nombra primer ministro del pequeño Weimar. Como este pequeño país estaba ubicado entre las potencias, a veces hostiles, de Prusia y Austria, aprende ahí la necesaria moderación y disciplina tan indispensables para sobrevivir. Deja atrás el período romántico del *Sturm und Drang*, desde entonces creyó que la humanidad mejora más con la evolución razonada que con la revolución violenta.

En la vida de Goethe pasan varias y muy interesantes mujeres: Charlotte von Stein, dama fina, cultivada y atractiva. Fundamentalmente recta, Carlota de Stein -que se había enamorado de Goethe- insiste en que se respeten las normas morales y sociales. Al final de su vida, Goethe comprenderá, en toda su cabal significación, esta actitud ejemplar.

Deprimido por la falta de esperanza de su amor, el poeta alemán luchó consigo mismo hasta lograr el auto-control. En Italia conoce de mujeres y de amoríos. En Wetzlar descubre el amor -principal nutriente de su vida- y una nueva musa: Carlota Sofía Enriqueta Buff, joven, hermosa y serena que es prometida de un amigo. Nuevo dolor amoroso de Goethe, con un intermedio de pureza romántica en donde él y Carlota -verano de 1772- se abandonan con cierta inocencia a extremos de intimidad y ternura que no culminan en tragedia. Goethe ha conocido a un joven romántico llamado Jerusalem que

pone fin a su vida y a su pasión sin esperanza por la esposa de un diplomático, con un tiro de pistola en la cabeza. Este suicidio evitará, en mucha parte, el suicidio de Goethe, que se convierte en un suicidio romántico imaginario, en la novela "Sufrimientos del joven Werther", obra maestra de la novela romántica de todos los tiempos, que adquirió un éxito inusitado, enorme, veloz. De esta novela que ha servido de tema a una ópera de Massenet, se ha dicho que "es una maravilla, una melodía en prosa de un alma lírica como era la de Goethe". Se casa con una mujer sencilla, perseverante en su personalidad femenina, de clase modesta, popular, refractaria a los refinamientos de la corte, natural de Turingia: Cristiana Vulpius, su compañera de muchos años, hasta que le deja viudo en 1816. La tragedia del hijo que se mató, cicatriza difícilmente en el alma de Goethe. Pero este abuelo respetable y viudo tiene un idilio en Marienbad con Ulrica von Levetzov. No quiero entretenerme más en las mujeres de Goethe, pero sí quiero apuntar que sirvieron de inspiración en su obra, y que nunca dejó de ser un devoto del *eterno femenino*.

En el viaje a Italia -Verona, Venecia, Roma, Nápoles, Sicilia-, realizado de 1786 a 1788, Goethe adquirió los ideales rigurosamente clásicos y renovó su amor y su inspiración. En Roma se rejuveneció y se apasionó por la grandeza clásica greco-romana. Entendió lo que significaba la noble sencillez y serena grandeza (*lo edle Einfalt und stille Grösse*) de la cultura clásica antigua. Roma se incrustó en su alma para toda la vida. La literatura clásica, que ya trae en el hondón de su alma, produce frutos en el genio alemán que nos regala su *Ifigenia en Tauride*, escrita a la manera griega. *Hermann y Dorotea*, bello idilio de campesinos con fuerte espíritu nacional germánico; *Egmont*, maravilla del clasicismo de todos los tiempos. El sabio que había en Johann Wolfgang von Goethe continuó sus investigaciones científicas en suelo italiano, en materia de ingeniería y botánica; visitó museos y admiró cuadros y esculturas célebres que son patrimonio de toda la humanidad.

A su regreso a Weimar conoce al poeta Schiller y se inicia una amistad limpia, fecunda, imperecedera, ejemplar. Dos colosos de la literatura alemana cambian ideas -a veces antitéticas- y concuerdan en un clasicismo que está muy distante del mediocre neo-clasicismo francés, y que está superado, por la parte mejor del romanticismo germano.

Atento a la realidad de la naturaleza, realiza estudios de geología, biología y publica su "*Teoría Cromática*" o "*Teoría de los colores*". Goethe e, para los alemanes, la figura central de su cultura y hasta la encarnación nacional. Entendimiento y sensibilidad abiertos a todos los rumbos. Pasión de vivir que ofrece todas las medidas humanas. Fusión perfecta de la vivencia y de la poesía. Amó a las mujeres, a la naturaleza y a los libros.

Pero amó, sobre todo, con pasión creciente, a la vida. De su vida quiso hacer una obra de arte. Trabajó, como escritor de oficio, para eternizar, o mejor aún, eviternizar su obra. Y su obra cristaliza la vida espiritual de su tiempo. Escribió a golpes de amor, para escudriñar el alma y para esculpir la belleza. Su siglo le rindió pleitecía y le reconoció significación universal.

"*Götz von Berlichingen*" (1771) es un héroe romántico -arrogante en el perfil y servicial en el gesto- que anuncia una nueva era. Se trata de un caballero de Alemania feudal de los tiempos imperiales que lucha con los nobles poderosos y prelados influyentes. Hay en ese drama revolucionario una rebeldía titánica, quijotesca, de energía individual, altiva y visionaria, de hombre solo que se insurge contra el medio y lucha contra una oligarquía poderosa. Sin pretenderlo y sin quererlo, se constituye en denodado defensor de la democracia moderna. Es el arte romántico que se placía en la contemplación del héroe desgraciado, mártir de su ideal de redentor de masas, de agitador en pugna con la oligarquía del Sanedrín. Los jueces ponen en la noble cabeza de este capitán de bandidos un *INRI* que nos impregna de redentor espíritu cristiano y de letra evangélica. Pero mientras Jesús lucha sólo con la palabra, Götz usa la espada. La desgracia del hombre Goethe nos deja un amargo sabor y nos hace pensar en la implícita condenación de la violencia. El mejor y más bravo mozo bajo la capa del cielo, con la sencillas y nobles virtudes de la germanidad, es un caballero individualista del ideal, paladín de la justicia y de los desvalidos que muere pronunciando las palabras: Libertad, Goethe simpatiza con el héroe, pero -no hay que olvidarlo- odia la anarquía. Al filo de los tiempos nuevos, impersonales, Götz von Berlichingen sigue siendo un caballero medieval amante de la tradición y de la tierra germánica. Pero su energía y su insurrección sirven a los tiempos nuevos.

Egmont (1788) guarda, en su estructura y perfil, un estrecho parentesco con el *Götz von Berlichingen*. También *Egmont* es un héroe vencido. Pudo haberse salvado, pero no lo quiso. Creyó, hasta el fin, que su sino era el de ser mártir de la independencia flamenca y de la libertad de conciencia. Antes de que el Duque de Alba le lleve al patíbulo-declara su ideal y ofrece su vida: "Muero por la libertad, por la que siempre viví y luché, por la cual, finalmente, hoy, sufriendo, me inmolo". El lirismo de las últimas escenas da mayor relieve al protagonista. Sabe que va a morir y ama la dulce vida, la "hermosa y grata costumbre de ser y de obrar". "He de coger tu mano, mirarte una vez más a los ojos, sentir vivamente todo lo que vales, y luego resolverme a dejarte y decirte: adiós". Esta vez Goethe parece tomar partido por el personaje. La muerte de *Egmont*, a diferencia de la de *Götz*, semeja una sinfonía triunfal. Advierte que su sangre no se ha vertido en vano. Incita al pueblo valeroso para que siga adelante. "¡Defended vuestro patrimonio! Y no os duela caer, siguiendo el ejemplo que yo os doy, para salvar lo que

más amáis". No se trata de un simple drama histórico —las guerras de secesión de los Países Bajos—, sino de una apología de la libertad y del titanismo. El pueblo, el idilio y la política son los tres planos de la acción dramática. Goethe —genio multifacético, proteico, tornadizo como la vida misma— atraviesa por su etapa romántica. No obstante, *Egmont* revela la influencia clásica en sus formas que asimiló Goethe. Hay en el personaje una firme confianza en el destino, en el *daimon* que visita al hombre con visión divina para cumplir la vocación y ser fiel a sí mismo, sean cuales fueran los peligros.

Die Leiden des jungen Werthers (los sufrimientos del joven Werther), (1774), es la máxima plasmación artística de la etapa romántica goetheana. Esa sensibilidad —exagerada, enfermiza— marca el estilo y el tono espiritual de una generación. Ese sentimiento desmesurado —melancolía, lágrimas, suicidio— es de pura cepa romántica. Goethe ha estado al borde del abismo, pero ha logrado vencer su sentimiento. Werther le acaba de curar. Los anhelos de amar, pléticos de realismo poético, nos permiten penetrar en la intimidad de la burguesía alemana. Argumento parvo y tenue, ingenuidad y frescura de los protagonistas, pero, sobre todo, un magistral estudio del corazón humano. Las cartas de Werther nos muestran voces de pasión y ángulos secretos, antes desconocidos, propios del romanticismo intimista. Son experiencias transfiguradas de la vida del joven Goethe. Son sentimientos que, al no encontrar cauce, revierten sobre el corazón doliente. Son afanes —vagamente panteístas— de comunión con la naturaleza, pero en *Los sufrimientos del joven Werther* hay algo más: la intuición certera de nuestro "status viatoris". "Sí; es verdad que sólo soy un caminante, un vagabundo sobre la tierra. Pero ¿Y vosotros, sois algo más?" (libro II, 16 de junio).

En los dolores del joven Werther están los dolores de su siglo. El estampido del pistoletazo denuncia que existe un mal wertheriano y esto es lo que le da una resonancia infinita en la noche de los tiempos. Aún ahora seguimos evocándole con su frac romántico, el frac azul con grandes botones dorados, con una violeta prendida al ojal, los cabellos revueltos sobre la frente encubriendo los rasgos geniales del suicida Goethe practica una vivisección del alma romántica, de ese dolor cósmico universal del vivir, —*lachrimae rerum*, que dijo Virgilio—, y aunque aparentemente se mate por una mujer, se mata por un mundo que no lo quiere y al cual él quiere demasiado rabiosamente. Como todo suicida romántico, se mata a sí mismo para echar su cadáver sobre la mujer desdeñosa o voluble, para castigarla, para que lleve sobre su alma ese peso agobiador. Pero Werther se mata por algo más, se mata por la dicha imposible del mundo, se mata por haber perdido la ilusión de la vida, por dolor universal (*Weltschmerz*). El personaje se alimenta de tristezas, goza sufriendo y se encoleriza cuando gana en el

juego. Habiendo tantas mujeres lindas y libres, él tenía que enamorarse de Carlota, una comprometida próxima a casarse. Goethe adopta, desde el título, una actitud de superioridad ante su héroe. Ha pasado su sarampión y puede gesticular una sonrisa de ironía. Pero al enfermo lo pueden juzgar los enfermos y al joven, los jóvenes. Y éstos siguen comprendiendo a Werther...

El estado de alma del enamorado cambia con el tiempo. Un día de sol claro y tibio alegra el alma de Werther, en tanto que un día nublado le pone letalmente triste. Las variaciones de la estación, el día la hora y el minuto le alteran su sensibilidad hiperestésica. Literariamente el Werther es una maravilla. Tiene la sencillez y la grandeza de una tragedia griega. Sólo que la figura gigantesca de Werther lo absorbe todo y barre con el coro. Es una melodía en prosa de un alma exquisita.

¡Pobre Werther su tristeza aún nos alcanza!

Iphigenie (1787) constituye uno de los dramas realmente magnos de la literatura alemana escrita en verso libre. Esta pieza maestra alcanza muy bien la anhelada síntesis entre la antigua Grecia y la moderna Alemania, entre el clasicismo y el cristianismo. Atenas y Weimar conjuntadas en un personaje cristiano que a apela la verdad y a la pureza, no al engaño, como en la tragedia de Eurípides. Orestes se salva gracias al amor de una piadosa hermana y, sobre todo, gracias al arrepentimiento y a la fe de pura cepa cristiana. Aquí no se utilizan recursos como en la obra griega, sino la influencia ennoblecedora, purificadora de la mujer sobre el hombre desesperado. Bella descripción de lo eterno femenino que la gratitud de Goethe encontró en Charlotte von Stein, el amor inmortal del genio alemán.

Torquato Tasso (1790) es una obra autobiográfica, escrita al regreso de Italia, que describe la tragedia del poeta excesivamente sensible ante todos aquellos que le volvieron la espalda cuando llevó a Weimar una hermosa e insignificante esposa plebeya: Christiane Vulpius. Al lado del poeta latino agobiado por su desequilibrio mental, está el hombre de mundo, sagaz, elegante, diplomático y cortesano, llamado Antonio. El equilibrio de Goethe hace preferir a Antonio sobre el desequilibrado Tasso que al fin puede superar la crisis y adaptarse. Prácticamente no hay acción exterior en esta tragedia clásica de tipo psicológico. Otra obra maestra más de la tragedia clásica goetheana.

Para ventilar su cólera ante los desmanes y los vicios de la turba y de los líderes de la Revolución Francesa, escribe Goethe un poema épico —divertido y satírico— que nos recuerda la majestuosa épica de Homero: *Reineke el Zorro* (*Reineke Fuchs*). Se trata de una amable reproducción

clásica de la historia de animales a fines de la Edad Media, la mayoría de ellos astutos y engañosos como el Zorro.

Las Elegías romanas (Römische Elegien, 1795) es un conjunto de poemas sensuales y paganos que evocan la apasionada vida amorosa de Goethe con la plebeya Christiane.

Herman y Dorotea (1797) es un perfecto poema idílico que relata el cortejo y la conquista de Dorotea (joven refugiada) por un joven noble que la corteja y termina por conquistarla. Este poema épico se desarrolla en una pequeña ciudad alemana, serena y laboriosa, escenario de la unión de dos almas realmente preciosas. Al leer el idilio parece que estamos leyendo un lindo cuento griego.

En la vida de Goethe se da una indisoluble unión de realidad y poesía. Él lo sabe. Escribe su autobiografía –no completa– que abarca sus tiempos de Francfort, Leipzig, Estarsburgo y Wetzlar, hasta 1775. *"Dictung und Wahrheit"* (1811) es el libro en que Goethe nos describe su idilio en Sesenheim con Friederike Brion. Pero no solamente se trata de una bella y famosa presentación de un idilio, sino de un suministro de detalles culturales e históricos verdaderamente atractivos para personas de sensibilidad estética y de cultura general.

El despertar de Epiménides *"Des Epiménides Erwachen"* (1815) representa el tardío reconocimiento que Goethe realiza en torno al vigor del movimiento nacional de regeneración de Alemania, después de la derrota de Napoleón en Waterloo, y su decisión de interesarse más en la vida política de su patria. Hasta entonces estaba satisfecho con la permisión, que el *déspota glorificado* realizaba sobre la cultura alemana, apreciada y fomentada por el propio Napoleón, para que rigiese los destinos espirituales de Europa. No le interesaba especialmente el dominio político de Europa por parte del general corso, sino que se recluía en el solo ámbito cultural.

Goethe fue un genio versátil. Su versatilidad humana y cultural se pone de relieve en su conocimiento profundo de las culturas occidentales y orientales. *"Der westöstliche Divan"* (El Diván occidente-oriental, 1819) es una muestra del conocimiento y de la sensibilidad que Goethe tenía de la cultura oriental. Esa bella colección de poemas de amor escritos durante la amistad del poeta con Marianne von Willemer constituye su principal obra literaria en relación con la cultura del Islam. Incorpora la figura de Mahoma a la de Jesús y Apolo. Aunque personalmente no me agrada la amalgama, reconozco el esfuerzo por familiarizar a los lectores alemanes y europeos con las obras de los poetas árabes, persas e hindús. Hafiz, el gran poeta persa del siglo XV, influye en Goethe que se reviste con atuendo oriental en

su amor a Marianne. Los poemas de Hatem y su Leika –dos enamorados orientales– consiguen brindarnos la atmósfera y la mentalidad del Oriente.

"Wilhelm Meisters Wanderjahr" (Los Viajes de Wilhelm Meister), escrito en 1829 pone de relieve la enorme sabiduría y el importante legado cultural del patriarca de Weimar. La educación del héroe –trabajo y renunciamiento– convierten en un magnífico ciudadano al que fue un individuo egocéntrico. Ya no se trata simplemente de un estreta sino de un humanitario estudiante de medicina en época de revolución industrial y de cooperación internacional. Se dice –y no sin razón– que el esquema de la Provincia Pedagógica diseñada por Goethe está inspirada por las teorías del educador suizo Heinrich Pestalozzi, cuyo noble propósito era preservar el alma y el carácter de los seres humanos en medio de los conflictos de una época materialista y mecanizada. Hay, como en el Quijote, relatos interpolados –acaso excesivos–, simbolismo exasperado, al lado de verdaderas lecciones de sabiduría.

Prescindo de otras obras de Goethe, por razones de tiempo, para consagrarme a la exposición, interpretación y valoración de *"Fausto"* (1808), la genial representación simbólica y poética de la vida humana. Con toda razón, Goethe califica de "inconmesurable" a su obra maestra. *"Como la Divina Comedia y el Don Quijote"*, cada uno en su tiempo, Fausto marca el final de una era y el principio de otra, al iniciar –aislado– la época moderna. Para preciar su talla, –advierte Francisco Monterde– solo pueden emplearse como puntos de referencia los términos de comparación elegidos: las obras situadas a su misma altura cimera. (*"Goethe y el Fausto"*, pág. 11 y 12 UNAM, imprenta universitaria 1949).

Hay una leyenda alemana sobre el doctor Fausto, un aldeano natural de Weimar, que Goethe transforma en una de las grandes obras maestras de la humanidad de todos los tiempos. La leyenda germana es devuelta a su pueblo por Goethe, pero transformada en una obra de arte inexhaustible. Cuando terminó el magno poema dramático, Goethe le confesó a su amigo Eckermann: lo que me resta de vida puedo considerarlo como un puro regalo y, en el fondo, es indiferente lo que ya pueda hacer y cómo lo haga. El Fausto nos incita a estudiar el problema del sentido de la vida humana, una y otra vez. Se ha dicho que *Fausto* es la segunda *Biblia* de los Alemanes. Pero no sólo es eso, sino que es una de las más profundas obras que ha producido la humanidad. Ahí, en el *Fausto*, están la verdad y la utopía, la magia y la ciencia, la realidad y el símbolo, la salvación y la perdición... La obra que cruza toda la vida de Goethe engrosada con valiosas experiencias, intuiciones y reflexiones, consta de dos partes. La primera, obra de juventud, encierra una atractiva y magna belleza. Margarita, la cándida y buena Margarita, nos subyuga con su sencillez y con su entrega.

Mefistófeles, símbolo del ángel que se reveló ante Jehová, y el doctor Fausto, representación del hombre, de la especie, frente al incontrastable destino discuten, pactan, se implican y complican para separarse finalmente. La segunda parte, escrita en los años de vejez, resuelve la acción con el perdón de Fausto que llega de lo alto. Parte difícil de interpretar y de valorar para la mayor parte de las personas que desean penetrar en el sentido del poema dramático.

He aquí, en síntesis, la trama, del primer acto: El doctor Fausto, saturado de años y de hastío, se encuentra en su laboratorio, un día en que las campanas del día de resurrección le instan a volver a Dios. La ciencia profesada por él, no sólo ha dejado de proporcionarle la felicidad, sino que le ha sumido en la depresión. Desesperado conjura al diablo que se le aparece en la figura de Mefistófeles y le propone un pacto: Le retornará la juventud para que pueda disfrutar de los goces del saber y de la vida —nunca alcanzada en sus largos años de estudio— a cambio de que le entregue su alma. Acepta Fausto el pacto y transformado en joven, plétórico de ilusiones, es llevado por Mefistófeles a una ciudad distante donde conoce a Margarita. Fausto se enamora de esa joven linda y honesta, y la enamora con palabras tiernas, con valiosos regalos, con argucias mefistofélicas que terminan por acabar con la pureza de Margarita. Seducida la desventurada joven, sufre las consecuencias de su pecado: Su madre muere de dolor por culpa de ella; su hermano, perece en un duelo a manos del propio Fausto y Margarita misma se convierte en criminal al cometer involuntariamente un infanticidio. Los tribunales la condenan sin piedad, y la mandan encerrar en una desolada cárcel para expiar su delito. Fausto, con el auxilio de las artes diabólicas de Mefistófeles, acude a salvarla, pero ella prefiere morir. Antes de que el hacha del verdugo cortase el hilo de su vida humana Margarita se arrepiente y haya la gracia divina.

La segunda parte es la tragedia de Fausto, así como la primera parte lo fué de Margarita. El rejuvenecido Fausto sigue a Mefistófeles que lo conduce a un mundo halagüeño que le ofrece riqueza, poder, honores y gloria. El drama está lleno de simbolismos: El pasado griego, representado por Paris y Helena, es evocado por Goethe. El doctor Fausto intenta seducir a Helena, hechizado por su hermosura. Pero la visión griega de la hermosura de Helena se le escapa, se esfuma ante su vista. La belleza clásica es, decididamente, inconquistable; es ella la que tiene poder sobre el hombre, y no éste el que tiene poder sobre aquella.

Pero Fausto no es una simple figura de la paganía, vive en la era cristiana y se siente pecador que no encuentra reposo. Al llegar el momento de saldar su cuenta con Mefistófeles, Fausto muere. Se entabla un lucha

entre las potestades del cielo y el demonio. El diablo pretende arrebatarse el alma; pero las potestades celestiales interceden cerca del Altísimo para la salvación de aquel hombre que buscó el bien y la belleza, pese a todos sus extravíos. Fausto alcanza el perdón por la gracia de Dios, y con la intercesión de sus Santos. El cielo es siempre propicio a los que se *esfuerzan*, a los que buscan la misericordia y el *Perdón de Dios*. Goethe rinde homenaje a la Madre Gloriosa. No olvida tampoco a la pobre penitente Margarita. El "*chorus mysticus*" cierra la última página que es un canto a *lo eterno femenino* que es el amor y la gracia:

*Todo lo efímero,
símbolo es solo;
es aquí un hecho
lo inasequible;
aquí se cumple
lo indescriptible;
(lo eterno femenino
siempre arriba),
con potente acicate
nos aqueja.*

Fausto constituye la médula de toda la obra Goetheana. Fausto sufre el engaño de Mefistófeles, pero al final Mefistófeles resulta ser el engañado. Fausto, que había aprendido el arte y la ciencia, tomó conciencia de su finitud y de las posibilidades infinitas de su afán de plenitud subsistencial. El poema humano se convierte en un poema cosmogónico y en una búsqueda de la destinación humana. Goethe se aparta de la leyenda medieval y la supera con el problema del destino de los seres humanos.

La primera parte del Fausto se publicó en 1808, y la segunda en 1832. No resulta hiperbólico decir que estamos ante *el más grande drama filosófico de Europa Moderna*. La búsqueda sincera de la verdad y de Dios triunfa sobre el deseo de poder y de goce. Paulatinamente va menguando la influencia de Mefistófeles, porque en el fondo hay en Fausto un carácter intrínsecamente noble. Después de la noche clásica del aquelarre, la perfección y la sublimación van tomando cuerpo en el alma del inquieto Fausto. El encuentro de Fausto con Helena de Troya —bello símbolo— realiza plenamente la síntesis del clasicismo y la cristiandad, de Grecia y Alemania. Precisamente Euforion, hijo de Helena y de Fausto representa el fruto sazonado de la antigua cultura mediterránea y la moderna cultura germánica. Es "la progenie perfecta de las dos grandes culturas de la humanidad" apunta Werner P. Friederich (*Historia de la literatura alemana*, pág 122, ed. Hermes S.A. México 1973). Viejo y ciego Fausto sigue planeando, soñando y esperando hasta el final de su existencia. Ambicioso, ciertamente, pero

insatisfecho consigo mismo. Nunca pudo ser el hedonista holgazán y materialista en que Mefistófeles había proyectado convertirlo. Por sus nobles aspiraciones y por su alto *axiologismo*, que remata en *teotropismo*, Fausto, arrebatado al diablo, es llevado al paraíso. Hay una frase inmortal que Goethe estampa por boca de Fausto como verdad lapidaria: *wer immer strebend sich bemüht, den können wir erlösen* (quienquiera aspira sin desmayos no es irredimible). La lección que nos brinda Fausto es, precisamente, la de la perseverancia de la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, y de la abertura a la gracia que viene de lo alto. Buscó y erró, pero encontró la Mansión de su Padre con el auxilio divino.

Hablamos de Dios *per analogiam* (por analogía), como se decía modestamente en la Edad Media, por más que el Ser Supremo se nos aparezca en todas partes:

*So weit das Ohr, so weit das Auge reicht,
Du findest nur Bekanntes, das Ihm gleicht.
Und deines Geistes hoechster Feuerflug
Hat schon am Gleichins hat am Bild genug.*

*(Hasta donde llega el oído, hasta donde llega la mirada,
no encuentras más que lo conocido, que se le parece,
y el vuelo ígneo más elevado de tu espíritu
se conforma con la comparación, con la imagen)
(Prolemio, 1816).*

En su madurez, Goethe "invoco a Dios con muchos nombres, y tiene de Él una última seguridad por más que se pierda en lo inseguro", apunta con agudeza y profundidad mi inolvidable amigo, catedrático de filosofía en Mainz, Fritz J. von Rintelen (*Humanidad y Espíritu Occidental* pág. 50 *Centro de Estudios Humanísticos de la UANL, 1962*). Durante algunos años -1783 a 1786- J. W. Goethe suprimió casi totalmente la diferencia de Dios y el mundo por influencia de Spinoza. Pero Goethe se desprende de Spinoza y acoge la idea clásica y cristiana de espíritu. La realidad divina es, en cierto modo, inmanente al mundo, pero también es trascendente. Dios en y sobre el mundo. Concepto unitario y múltiple. El amor omnipotente nos abraza. En la segunda parte del Fausto, Goethe habla inequívocamente de la esfera superior del amor espiritual:

*"Pues éste es el alimento de los spiritus
Que se impone en el éter más libre:
La revelación del amor eterno,
Que solo irradia felicidad".
(Pater Seraphicus, Fausto, II, 5).*

*(Denn das is er Geister Nahrung,
Die im fresiten Aeter waltet.
Ewigen Liebens Offenbarung,
Die zur Seligkeit entfaltet).*

En la misma segunda parte del *Fausto*, el amor de Dios se nos presenta como fondo del mundo entero, como fuente de vida espiritual superior y como fuerza purificadora. A lo largo de la obra vamos advirtiendo ese impulso fáustico hacia algo superior, abierto, puro inconmesurable.

¿Qué es lo que busca, en definitiva, Goethe en todas sus obras? ¿Cuál es la humanidad superior que se afana en proponernos?. *Goethe busca la conciliación de la profundidad romántica germana con la elevación clásica grecolatina*. El ímpetu Fáustico no menosprecia el Espíritu. El *clasicismo* es, orden, forma, valor de la consistencia, validez de la verdad objetiva y fe en el sentido de lo espiritual. Pero el clasicismo tiene un peligro: simplifica demasiado la realidad. El romanticismo se caracteriza por su aspiración profunda, por su movilidad interna -mar sin orilla, melodía infinita- por su afán de plenitud de vida. Pero tiene el peligro de las contraposiciones dolorosas y de la interioridad subjetiva. La sabiduría última de Goethe supo conjuntar el romanticismo y el clasicismo, en pleno equilibrio para sobrepasar el velo de la finitud. Espíritu unido a la vida y no mero intelecto frío y calculador.

Este hombre que ejerce un atractivo casi hipnótico sobre todos los hombres cultos de los más diversos países hizo de su vida un perfil vital imperecedero, casi mítico. No es sólo patrimonio del pueblo alemán, que le ama con respetuoso entusiasmo, sino de todos aquellos hombres que quieran enarbolar el triunfo de la inteligencia y la victoria de la acción noble y generosa. Por eso Goethe es un compañero eviterno del género humano.

El 22 de Marzo de 1832, Goethe se sintió indispuerto y se recostó en un diván. Había trabajado, con su habitual entusiasmo, en una investigación científica sobre ciencias naturales. Le pidió a Otilia, que le acompañó hasta el final, que abriera la ventana. No le faltaba aire, sino luz. "Pronto vendrá la primavera", exclamó. Por su fiel acompañante, sabemos que las últimas palabras de Goethe fueron: ¡Luz, más luz!. Estas palabras son su divisa: Anhelos de claridad, afán de perfección, deseo de plena y fructiva visibilidad espiritual. También nosotros, en este mundo oscurecido por el funcionalismo miope, por el pragmatismo rampante, por el hedonismo egolátrico, seguimos buscando y pidiendo: ¡Luz, más luz!.